

A detailed close-up of a painting showing a person's hands and arms. The person is wearing a vibrant red robe with intricate folds and textures. The hands are pale and appear to be bound or held together by a thick, braided rope. The lighting is dramatic, highlighting the contours of the hands and the rich color of the fabric.

NARRANDO DESDE

# EL GRECO

RELATOS DE ESCRITORES DE HOY SOBRE SUS OBRAS MAESTRAS

NARRANDO DESDE

# EL GRECO

RELATOS DE ESCRITORES DE HOY SOBRE SUS OBRAS MAESTRAS

Lola Beccaria • Juan Bonilla • Ángeles Caso • Inma Chacón

Juan Eslava Galán • Antonio G. Iturbe • Hipólito G. Navarro • Adolfo García Ortega

Marcos Giralte Torrente • Luisgé Martín • Gustavo Martín Garzo

Ignacio Martínez de Pisón • Ricardo Menéndez Salmón • José María Merino

Javier Moro • Justo Navarro • Álvaro Pombo • Soledad Puértolas

Lorenzo Silva • Andrés Trapiello • Clara Usón • Manuel Vilas

Edición de Adolfo García Ortega

ELGRECO2014  


  
LUNWERG  
EDITORES

# ÍN DI CE



Hacia 1577-1579, sacristía de la catedral de Toledo

# EL EXPOLIO



EL ROJO DE LA VIDA

Lola Beccaria



**M**i amigo escocés James, de Edimburgo, pasaba por aquel entonces unos días en Madrid, y deseaba visitar Toledo. Sin embargo, no era Toledo en sí misma la fuente de su interés; el atractivo de la ciudad emanaba de su concreta conexión con el Greco. James era historiador del arte y quería darse el placer de contemplar de cerca algunos de los cuadros más emblemáticos del pintor renacentista, pero también le embargaba una curiosidad añadida: entender qué había convencido al artista, en sus inicios tan viajero, para decidirse a pasar el resto de su existencia en aquel rincón del planeta. Ciertamente era que Toledo, por aquel entonces, se vanagloriaba de ser una de las capitales con mayor número de habitantes de toda Europa, y donde pervivía la influencia del cruce de razas, credos y culturas diversas. Estamos hablando del último tercio del siglo XVI. Pero aún así, se hacía extraño que siendo el Greco un ser tan hedonista y extremado como lo describían las crónicas, nacido en una isla del Mediterráneo y habiendo vivido posteriormente en Roma o en Venecia, hubiera renunciado al mar o al relumbrón de otros espacios para ir a establecerse en mitad de aquella tierra adentro castellana.

Nuestra primera parada fue, por obvias razones, el Museo del Greco, donde nos entretuvimos observando y analizando la apabullante colección de cuadros allí expuestos. Pero la actitud de James, al cabo de un rato, experimentó un cambio visible: de pronto parecía tener prisa, se paraba poco ante cada pieza y hablaba cada vez menos, como si se hubiera dado cuenta de que llegaba tarde a una cita. Le pregunté la causa y me respondió que lo que de verdad ansiaba era contemplar la producción del pintor en su elemento natural, esto es, colocada en el lugar para el que había sido creada. El museo, por tanto, no colmaba sus expectativas, se trataba de un reparto artificial, ordenado en un espacio jamás pisado por el artista. Entendí sus razones y nos encaminamos hacia la salida. Opté, pues, por la catedral, a donde enseguida nos dirigimos. Sabía que en su interior habitaba uno de los cuadros más significativos del Greco y no quedaba lejos de allí. De gigantes proporciones, el edificio apareció súbitamente ante nuestra vista, amenazando tragarnos. Atravesamos la boca de aquella descomunal bestia de piedra por la fachada principal y nos colamos en la gruta de sus sagrados intestinos.

Nada más cruzar el solemne pórtico y verme en el interior de la catedral, constaté, una vez más, la sensación que solía embargarme al entrar en cualquier recinto de carácter religioso: la inmersión en un espacio ajeno, un lugar de paso, y, al mismo tiempo, un territorio donde la energía transitaba con intensidad desconocida.

Atravesamos la capilla mayor, impregnándonos de cada detalle: la fría piedra, el cálido oro, el fastuoso alabastro, la profusión barroca, polícroma y recargada, de retablos e imágenes, los atribulados y dramáticos rostros de santos y vírgenes junto a otros firmes e impasibles, el Cristo en el calvario, luctuoso, cruento, todos eran elementos que nos iban preparando psicológicamente para ir al encuentro de nuestro objetivo. Sin la menor duda, aquel pulcro suelo de mármol ajedrezado había sido pisado por los atildados escarpines o recias botas del Greco, y solo Dios sabía cuántas veces había hecho el pintor aquel recorrido.

En nuestra tenaz peregrinación, alcanzamos por fin la sacristía, siguiendo las huellas invisibles del artista, como si él mismo nos estuviera guiando por aquel laberinto de capillas, recovecos y habitáculos cargados de historia. Imaginábamos la estela de sus ropones oscuros levantando una imperceptible brisa conforme los tacones pisaban y repiqueteaban en el mármol. Casi podíamos contemplar su capa revoloteando, el aire decidido, quizás una mala mañana, probablemente el forcejeo con subalternos o funcionarios eclesiásticos, los actos de costumbre, todos aquellos elementos tan cotidianos pero al mismo tiempo tan ajenos a la propia actividad creativa. Y seguimos al pintor hasta el lugar al que él mismo quería conducirnos. Aquella sacristía donde tantas horas había pasado trabajando.

Por fin estábamos allí. Súbitamente el universo del Greco apareció ante nuestra vista. Aquel había sido su hábitat, su mundo. Y las suelas de nuestros zapatos profanaron el pasado, en el instante justo en que se había congelado para mostrarse a los ojos de los visitantes futuros. Además de una dependencia religiosa, aquel espacio también era, en cierto modo, un museo, pero un museo constituido para disfrute de los miembros del clero, quienes representaban, en aquella época, la principal clientela del Greco. Se trataba en realidad de una sibarita pinacoteca disfrazada de sacristía, diseñada por el propio cabildo de la catedral.

Diversos cuadros colgaban en las paredes de aquel panteón pictórico. Sabíamos que se trataba de obras de diversos autores (Caravaggio, Tiziano, Van Dyck, Goya...), pero sin apenas darnos tiempo de analizar el entorno en profundidad, enseguida una de aquellas pinturas atrajo por completo nuestra atención, como si nuestros ojos, presos de una atracción sobrevenida, solo tuvieran deseos de posarse en ella. Un majestuoso cuerpo vestido de rojo intenso parecía levitar en mitad de aquella grandiosa habitación. Como dos resortes sincronizados, y sin decir palabra, James y yo avanzamos por la sala hasta colocarnos frente a aquella figura que no parecía pintada, sino viva y respirando en la superficie del lienzo.

–Esa sensación de aliento emanando del cuadro es típica del Greco –dijo James–. Es por eso por lo que me fascina. El Greco no pintaba, en realidad daba vida.

–Supongo que esa es justo la frontera que separa el talento de la mediocridad, ¿no? –respondí yo–. Ser capaz de dar vida o quedarse simplemente en el simulacro.

James asintió con la cabeza y se sumió en la contemplación del cuadro. Noté que estaba emocionado. Y su propia emoción me contagió. Observé entonces aquel cuadro casi a través de la intensa vibración emocional que exhalaba mi amigo. Me uní a él en su pasión por el Greco y tengo que decir que la experiencia fue impactante. Comprendí entonces que el placer compartido representa el clímax del disfrute humano, el éxtasis de la percepción de la belleza.

Y, sin embargo, fui incapaz de sacar conclusiones definitivas. Nunca supe qué fue lo que cautivó más mi alma en aquellos instantes, si el rostro de Jesucristo elevado al cielo, absolutamente ajeno a la violencia y vulgaridad del gentío que lo rodea, o la fuerza y significado del color, ese carmesí casi sanguíneo de la túnica, refinado y provocador a la vez, destacando al protagonista absoluto de la escena, para quien está reservado todo el sufrimiento y el dolor, pero también la distinción y la exquisitez, el incontestable estrellato.

Sin duda, aquel cuadro era toda una enseñanza para la vida. Flanqueado por dos poderosas columnas, enmarcado en un espectacular retablo de mármol y bronce e inserto en un suntuoso marco dorado, James y yo nos encontrábamos por primera vez ante *El expolio* del Greco: la dramática visión

del despojo de las vestiduras de Cristo en el calvario, antes de ser crucificado.

–¿Qué significa «sacristía»? –James me sacó súbitamente de mis cavilaciones.

–Es el lugar donde guardan la hostia y otros objetos sagrados, y donde se visten los curas antes de la celebración de la misa –informé yo, más o menos de memoria–. El cabildo de la catedral encargó al Greco la pintura, cuya ejecución fue realizada en el año 1587, en este mismo lugar. Y aunque no queda constancia documental del hecho, se cree que la contratación del cuadro se debió probablemente a la intervención de don Diego de Castilla, que era el deán de la catedral por aquel entonces y protector del Greco en Toledo. El tema religioso elegido se debe precisamente al lugar donde está expuesto. Al cabildo le pareció que *El expolio* de Cristo era simbólicamente apropiado para decorar la sacristía, precisamente la dependencia donde los curas se cambiaban de ropa. Un recordatorio, tal vez, de que lo mismo que Jesucristo fue despojado de todo vestido, resultaba oportuno tener a la vista la humildad de ese gesto de desnudez, con el fin de despojarse de toda vanidad a la hora de enfundarse los ropajes propios del culto, más lujosos y recargados, justo antes de entrar a celebrar la misa.

–Ah, ¡qué interesante! –exclamó James, y conocer aquel detalle pareció sumirlo en la reflexión de nuevo, como si le hubiera aportado una dimensión más profunda del significado del lienzo.

Yo me uní a él en su estatismo. Me gustaba aquella sensación, acompañar a mi amigo y sintonizarme en la misma frecuencia de onda de sus sentimientos y sensaciones.

–Hay algo de obsceno en toda esa muchedumbre, la violencia colectiva es despreciable, el linchamiento es el acto más abyecto al que el hombre, en connivencia con otros de su especie, puede llegar –dijo James al cabo de un rato–. La figura de Jesucristo, su expresión, parece querer escapar de esa abyección y elevarse a algún espacio más puro del individuo. Es la reivindicación del hombre y de su plena voluntad frente a la masa informe y sin criterio, impersonal y cobarde.

La observación de James era acertada. Por detrás de la figura de Jesucristo asomaban diversos personajes siniestros que colaboraban en el crimen colectivo y representaban la in-



“... aún así, se hacía extraño que siendo el Greco un ser tan hedonista y extremado como lo describían las crónicas, nacido en una isla del Mediterráneo y habiendo vivido posteriormente en Roma o en Venecia, hubiera renunciado al mar o al relumbrón de otros espacios para ir a establecerse en mitad de aquella tierra adentro castellana.”

justicia y la barbarie irracional, sedienta por apagar cualquier opción de pensamiento alternativo. Casi podían percibirse, procedentes del interior del lienzo, las palabrotas e insultos, el murmullo de los comentarios, las recriminaciones nacidas de una rabia ciega y absurda, propia de la incultura.

—¿Crees que el Greco se sentía identificado con él? —quise saber yo, de pronto, tratando de imaginarme la situación.

—No lo sé, pero este cuadro es toda una declaración de intenciones, ¿no te parece? —respondió él sin dejar de observar la pintura.

Sin duda, James tenía razón. Un artista como el Greco debía de sentirse de algún modo extraño entre quienes le rodeaban. Y no era solo que fuese extranjero en España, sino que su extranjería debió de ser, para sí mismo, un aspecto existencial antes que geográfico. Tuvo que sentirse inevitablemente solo, y raro, en un mundo donde él se esforzaba en la búsqueda de la belleza mientras los demás únicamente querían manipular su talento, doblegarlo y adulterarlo, usarlo para sus propios fines.

Se podía percibir un velado desprecio y casi la altanería del Greco, transmutada en el lienzo. Se le podía casi escuchar, desde algún ángulo invisible de la sacristía, diciendo «aquí tenéis lo que me pedisteis, quisisteis que lo realizara según vuestros deseos, pero a mí nadie me somete, a mí nadie me domestica... Yo no me adapto... El encargo es vuestro, pero la pintura... ¡es mía!».

—Parece ser que el Greco tuvo diversos problemas relacionados con la ejecución de esta obra —expliqué entonces yo—.

Sostuvo un auténtico pulso con la Iglesia, tanto por el dinero que habían convenido por el cuadro, y que luego no quisieron pagarle, como por el resultado del encargo, que no les convenció del todo. El Greco tuvo un gesto llamativo para la época. Incluyó en la escena tres figuras de mujer, las célebres tres Marías que se cuenta que acompañaron a Jesucristo en la crucifixión. Pero al cabildo no le gustó ese detalle, porque aseguraban que en los Evangelios no se recoge que dichas mujeres estuvieran presentes durante el expolio. Y ese fue uno de los motivos a los que se aferraron para justificar no pagarle al Greco el precio previamente pactado. En cualquier caso, era absurdo pensar que si aquellas mujeres acompañaron a Cristo en el calvario no estuvieran ya presentes durante el despojo de sus vestiduras, antes de ser crucificado.

—No debía de parecerles muy apropiado que tres mujeres contemplaran a los curas desnudándose en la sacristía —rió James—. ¡Un auténtico escándalo, un precedente eclesiástico intolerable!

En realidad, a la vista está que estas chicas solo tienen ojos para su héroe. No creo que les produjera mucho interés ver a los curas en paños menores cuando tenían ante sí al Cristo de sus sueños —añadí yo entre risas—. Pero el caso es que aun cuando le exigieron al Greco que borrara del lienzo a las tres mujeres como condición para pagarle la cantidad acordada, él se negó a quitarlas y aceptó finalmente cobrar una cantidad inferior.

—No cabe duda de que nuestro personaje era un hombre polémico —comentó mi amigo—. Como todos los grandes artistas. Es difícil acomodarse a la realidad mediocre, hacerse entender por quienes carecen de paladar estético, gente prosaica que no comprende el valor de lo expresado. El arte es capaz de narrar lo que el espíritu no puede transmitir mediante las palabras. Allí donde el idioma no llega, sí puede hacerlo el pincel. Una imagen es capaz de penetrar en el alma como un puñal electrizado de emoción y tocarnos la fibra más inaccesible.

Todo eso era cierto. Y lo teníamos ante nuestros ojos, casi podíamos tocarlo. Jesucristo parecía desafiar, con sus emociones a flor de piel, al universo entero, a pesar de que le iban a quitar todo cuanto poseía. No solo lo despojaban de lo material, de sus ropas y pertenencias, sino que lo iban a privar

“ Y lo teníamos ante nuestros ojos, casi podíamos tocarlo. Jesucristo parecía desafiar, con sus emociones a flor de piel, al universo entero, a pesar de que le iban a quitar todo cuanto poseía. No solo lo despojaban de lo material, de sus ropas y pertenencias, sino que lo iban a privar de lo máspreciado: su cuerpo material, su vida terrena. Y, sin embargo, él sabía que había algo que no podían arrebatarse. La dignidad, la fe.”



de lo máspreciado: su cuerpo material, su vida terrena. Y, sin embargo, él sabía que había algo que no podían arrebatarse. La dignidad, la fe. Él había elegido su camino. De eso nadie podía despojarlo. Podían estar construyendo una cruz a su lado para ajusticiarlo, pero él resplandecía. Él era la estrella, plena de luz, envuelta en el rojo incandescente de la existencia. Ese rojo del atardecer y del fuego, que era el rojo de la destrucción y del final, pero que también era el rojo de la tierra fértil, de las rosas en su entero esplendor, del sol en el amanecer, de la sangre fuente de vida, del comienzo de todo. Ese era el fin, ciertamente, pero también era el principio de una nueva oportunidad.

–El Greco era polémico y a la vez ambicioso –maticé yo.

–Todo gran artista es ambicioso por definición –replicó James–. ¡Tiene la obligación de serlo!

–Imagino que sabes que quiso hacer carrera en la corte, pero un traspie artístico le hizo perder los favores del rey.

–Sí, es cierto. Tanta ambición, todo un camino programado de medro y fama en la corte de Felipe II, en un segundo destruido porque un cuadro, el de *San Mauricio y sus soldados*, no fue del gusto de Su Majestad –respondió él.

–Así es –asentí.

–Un artista incomprendido. No todos sus contemporáneos estaban preparados para asumir semejante talento –afirmó James, encogiendo los hombros.

–Y sin embargo, se vino a Toledo y se instaló aquí –comenté yo–. Abandonó ese camino, tomó un nuevo rumbo y se dedicó a pintar.

–Prescindió de lo secundario para dedicarse, por fin, a su verdadera pasión: la pintura –continuó James, volviendo la vista de nuevo a *El expolio*–. A partir de ese momento fue cuando realizó sus mejores creaciones.

Y entonces ocurrió. Una idea cruzó deprisa mi mente, produciendo un chispazo en medio de la oscuridad, y pude observar en ese instante el cuadro a la luz de una nueva perspectiva. El tema del lienzo era, en realidad, el resultado de una decepción: aunque el sacrificio de Jesucristo tuviera un incalculable significado, nada menos que la salvación de la humanidad entera, el hijo de Dios tuvo que sentirse, en su fuero interno, ciertamente desilusionado. Su prédica, sus ideas, su obra entre los hombres no había dado el fruto esperado. Y,

sin embargo, paralelamente, su acto de inmolación habría de ser el gesto que más fama le otorgaría a lo largo de los siglos.

–Es como si ese traspie hubiera sido un paso decisivo, necesario, en su carrera –añadí yo al cabo de un rato.

Y me llevó a considerar que aunque en ocasiones nos forjásemos objetivos aparentemente esenciales, tal vez no fueran los que al final importaban. Que podían coexistir ambiciones controvertidas, antagonistas, luchando en nuestro interior. Y que tal vez el Greco encerraba en sí mismo a otro Greco, con el que finalmente alcanzó un acuerdo vital. El Greco conservador, que pintaba para la Iglesia y buscaba seguridad y protección, y al mismo tiempo el Greco rebelde, que se negó a vender, innegociable, su ideario estético, su soberano albedrío, su independencia.

Posiblemente ahí estuviera la respuesta a la gran pregunta que James se había traído de Escocia. Quizá por eso el Greco había elegido establecerse de por vida en aquella ciudad manchega. Porque, por encima de todo, eligió vivir su vida como quiso y Toledo se lo permitía. Una ciudad contradictoria, plural, donde el equilibrio se cimentaba, precisamente, sobre la variada gama de sus contrastes y donde los opuestos convivían mágicamente. Quizá Toledo había representado, en la biografía del artista, nada menos que su pasaporte a la libertad, gracias a la cual había desarrollado en plenitud su genio creativo y consiguientemente ganado la fama universal eterna.

–Quién sabe –dijo James, respirando hondo–. Quién sabe incluso si fue feliz.

¿Y no sería ese, acaso, el verdadero secreto de la felicidad? ¿Saber conciliar dentro de nosotros mismos a los diversos seres que nos habitan?



Hacia 1572, The National Gallery of Art, Washington